

te, que ya no importa. La libertad está siempre coartada por el odio, y él sólo ha sido libre cuando en la cárcel ha perdido las raíces o razones del odio. ¿Es éste el destino que nos espera? ¿La final sumisión, la entrega a nuestra inútil pasión de sobrevivir? Puede quedar sólo como nostalgia el sencillo y cada vez más difícil recurso de entregarse a la Naturaleza —Pacífico, catador de colmenas—, el amor, Eros como principio de vida, pero con el sobresalto de que ha de ser una irrepetible victoria sobre la muerte —el coito en la carreta mortuoria de Cortiguerras—, para que luego vengan los remordimientos —el pueblo desierto poblado de fantasmas—. Ya no hay lugar para la inocencia ni para una guerra particular. En el mundo no hay guerra, salvo «guerra fría», «escalada», «distensión», «operaciones de paz», «desesperación terrorista. Es lo mismo. El hombre, en cualquier lugar del mundo, asume, en su propia y desmedrada biografía, todas las guerras de sus antepasados. ■ EMILIO SALCEDO.

De la Bética y sus hermandades

Con una comprensible y saludable declaración de beligerancia inicia el antropólogo sevillano Isidoro Moreno Navarro su último libro, Las hermandades andaluzas (1): «Me considero en la obligación de denunciar esta posición falsamente neutral y de subrayar, modestamente pero con claridad, la responsabilidad de cada antropólogo (y de cada científi-

(1) Isidoro Moreno Navarro: Las hermandades andaluzas, Una aproximación desde la Antropología. Universidad de Sevilla. Colección de bolsillo, 1974. 111 páginas. Portada de Víctor Pérez Escalano.



La romería del Rocío responde a una hermandad de tipo supracomunal, por un lado; pero por otro es significativa de un solo pueblo, Almonte, donde actúa como poder de integración frente a lo externo a la comunidad.

co en general) para con la sociedad en que vive y su obligación ineludible de actuar en ella como tal, sin cómodos escapismos, considerando además a los hombres no como simples objetos de investigación, sino como sujetos de la historia...».

Y es comprensible esta declaración, porque el horizonte sureño se presenta todavía menos halagüeño que el general de nuestro ex desarrollístico país. El mismo Moreno Navarro mostraba no hace mucho, a propósito de la sierra sevillana (la de Antonio Burgos y su «contador de sombras»), un panorama por desgracia extensivo a casi toda Andalucía: «Los pueblos de la comarca han perdido en los últimos quince años un 30, un 40 e incluso más de un 50 por 100 de su población en algunos canos; romerías de herba hecho ya presa en el sector que antes era autónomo. (...) Y los que no emigran, a causa sobre todo de su edad, aún no tienen claro si finalmente se verán abocados a marcharse. Todos responden que si fuesen jóvenes no dudarían. Y ello a pesar de que con unanimidad casi total todos mani-

fiestan que si en la comarca hubiera trabajo y condiciones de vida adecuados, preferirían seguir en ella en lugar de emigrar. Lo que contradice espectacularmente el tópico intencionadamente divulgado de que nadie querría quedarse en el campo, incluso si éste ofreciera trabajo y atractivos suficientes» (2).

Y es también saludable, porque una mentalidad análoga ha lanzado al ruedo periodístico a una promoción crítica de intelectuales oriundos (los Romero de Solís, P. Escolano, Burgos, S. Becerril, Bernal, Alvarez Palacios, etcétera). El mismo Moreno Navarro colabora con frecuencia en la tercera de «El Correo...».

Isidoro Moreno Navarro se doctoró precisamente con un estudio sobre las hermandades, cuya primicia editorial dio TRIUNFO (3). Actualmente profesa la An-

(2) La Sierra Norte de Sevilla, una comarca que agoniza. «La Ilustración Regional», número 3. Noviembre de 1974.

(3) Baja Andalucía: hambre de tierra. TRIUNFO, número 490, 15 de abril de 1972. El texto publicado era un fragmento del libro «Propiedad, clases sociales y hermandades en la Baja Andalucía», publicado por la Editorial Si-

tropología en el Departamento de la Universidad hispalense. Este libro, calificado como «aproximación desde la Antropología», se inscribe dentro de esa tarea didáctica, y no pretende por eso «dogmatizar sobre el tema ni sentar conclusiones definitivas, sino solamente abrir caminos de análisis a la reflexión, caminos que deseáramos ver transitados y reorientados por cuantos sienten y se interesan por esta nuestra tan secularmente dominada Andalucía». En cuanto perteneciente a esos «cuantos», ofrezco a continuación un breve resumen de este interesante libro.

El estudio de las hermandades o cofradías (términos sinónimos, aunque haya lugares donde el segundo se reserva exclusivamente para las hermandades de Semana Santa) no es

glo XXI. El estudio corresponde a un pueblo del Aljarafe sevillano llamado aquí Bencarrón de los Condes. También en otra tesis doctoral sobre Antropología, realizada por entonces, se esconde el nombre del pueblo bajo un simbólico: nos referimos a un Jaral de la Sierra, de Granada, objeto del estudio de Enrique Luque Baena en Estudio antropológico social de un pueblo del Sur. Editorial Tecnos. Madrid, 1974.

gratuito. Porque aparte de sus funciones manifiestas (los fines religiosos expresados en sus Estatutos, tales como celebración de cultos, espiritualidad, caridad, etcétera, inmutables desde hace siglos), están las importantes funciones latentes. Ellas son «lo verdaderamente relevante desde una óptica sociológica», puesto que la hermandad es apropiado caldo de cultivo para desarrollar la sociabilidad, sobre todo en áreas como la Baja Andalucía, donde «toda relación social tiende a personalizarse». Son las hermandades a manera de auténticos «clubs de varones», función que comparten con los llamados «casinos de sociedad», modelo, institución o forma de sociabilidad que bien merecería un estudio análogo a éste de las hermandades.

El autor se plantea la construcción de un modelo estructural mediante el establecimiento de una tipología a través de tres criterios: 1) el grado de apertura o exclusivismo de la asociación; 2) la forma de integración (horizontal, con miembros de todas ellas), y 3) los niveles de integración socio-cultural.

Con la combinación de estos tres criterios (los dos primeros de tipo sociológico, el último de tipo geográfico-cultural), el autor establece dieciséis tipos teóricos de hermandades, que van desde la hermandad grupal vertical cerrada, hasta la comarcal horizontal abierta.

Sentada la tipología, Moreno Navarro pasa al estudio pormenorizado de cada una de ellas, con ejemplos particulares de la región. Hermandades de negros, que tuvieron su importancia histórica, dado que Andalucía fue el más importante núcleo esclavista habido en Es-

paña; cruceros y soleanos, romerías de hermandades e institución de la mayordomía en cuanto que reflejo de un cierto «status» social, etcétera. A propósito de la mayordomía y las hermandades comunales, estudia de nuevo las romerías de San Benito y de la Peña, del Cerro de Andévalo y Puebla de Guzmán, ya estudiadas por Julio Caro Baroja en los años 50 (4). El ejemplo inevitable del Rocío sale por partida doble, como hermandad supracomunal (hinchada por la diáspora) y como polarizadora de buena parte de un solo pueblo: Almonte. Por lo segundo sería «el símbolo en el que se identifica colectivamente el pueblo, el que expresa la integración socio-cultural de éste frente al exterior»; por lo primero, un reflejo de un «tiempo propio de la era preindustrial en que funcionaban realmente una serie de valores agrarios (quizá fundamentalmente ganaderos) paternalistas, aristocratizantes...».

■ VÍCTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

Ediciones aplazadas

El libro de John Brademas, publicado por Ediciones Ariel, Anarcosindicalismo y revolución en España (1930-1937), tiene detrás de sí una curiosa historia. Redactado en 1953, cuando su autor era un joven investigador norteamericano en la Universidad de Oxford, este trabajo fundamental sobre el anarcosindicalismo español de la República ha permanecido

(4) Artículo «Dos romerías de la provincia de Huelva». «Revista de Dialectología y Tradiciones Populares», tomo XIII, cuaderno 4, 1957. Reproducido después en Estudios sobre la vida tradicional española. Ediciones Península. Barcelona, 1968. El autor relata asimismo este viaje en el capítulo XXXI de Los Baroja. Taurus, 1972.



John Brademas.

inédito por espacio de más de veinte años. Alguna responsabilidad de este retraso puede corresponder a nuestro país, pero cabe pensar que la razón principal del retraso ha sido la prudencia del propio Brademas, incorporado muy pronto a la política activa en su país y representante democrata desde 1959 del Estado de Indiana en el Congreso de los Estados Unidos. Ante esta infrecuente coincidencia de historiador del movimiento obrero y político, el estudio que ahora se publica quedó en una incómoda situación; por una parte, inédito, y por otra, sometido a la continua consulta de los investigadores sobre el movimiento obrero español que acudían al Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam. Incomodidad que, lógicamente, se trasmite a estos mismos investigadores, situados ante una obra de referencia cuya aparición pública se aplazaba indefinidamente.

En buena medida, **Anarcosindicalismo y revolución en España** es además una obra irrepetible. Como lo es ya el libro clásico de Díaz del Moral, ante el grado de destrucción que la guerra ha ocasionado en la prensa obrera cordobesa y la imposibilidad de reproducir la observación participante que fundamentaba los juicios del notario de Bujalance. En el caso de Brademas, la gran fortuna ha sido poder contar con una buena proporción de los dirigentes confederales supervivientes de la guerra, con el acopio consiguiente de materiales casi únicos y, sobre todo, recuerdos personales, que con el paso de los años se han ido desvaneciendo, cuando no han desaparecido con su portador. En la lista de agradecimientos del prefacio figuran los nombres de Eleuterio Quintanilla, Felipe Alaiz, Juan López, ya fallecidos, y los demás dirigentes o miembros de la Confederación mencionados son en su mayoría septuagenarios. Pero, lógicamente, no

ha sido la relación personal con antiguos confederados lo que hizo posible la calidad historiográfica de **Anarcosindicalismo y revolución en España**. La base es la capacidad de análisis de Brademas, conjugada con una labor minuciosa de investigación sobre las fuentes hemerográficas anarcosindicalistas que conserva el Instituto Internacional de Amsterdam, centro de trabajo inexcusable para cualquier investigación en profundidad sobre nuestro movimiento obrero.

El resultado es una excelente crónica del crecimiento y de las crisis que afectan a la Confederación Nacional del Trabajo desde su regreso a la legalidad, en abril de 1930, hasta la ruptura que suponen los hechos de mayo de 1937. La tensión interna entre sindicalistas y anarquistas, sin resolver en los años de Dictadura, pasó a ser el problema central cuando, en 1931, el sector anarquista agrupado en torno a la FAI y los moderados, pronto conocidos por el calificativo de «los treinta», se enfrentan en torno a una serie de cuestiones, no siempre bien definidas, pero cuyos puntos extremos sí lo están: Revolución social a corto plazo frente a prioridad a la organización sindical, con una sombra más o menos acusada de colaboracionismo. Es posible que Brademas no se detenga suficientemente en el análisis de las organizaciones, proyectos y posiciones ideológicas que operan en dicho enfrentamiento, pero la masa documental examinada y la cuidada descripción de la sucesión

de acontecimientos proporcionan constantemente nuevos datos.

Hay que felicitar, en consecuencia, de la salida de este excelente y viejo libro, que nos llega en una pulcra versión castellana de Joaquín Romero Maura y con una portada, a mi juicio sobresaliente, de Alberto Corazón. Lo único que no entiendo bien es la catalanización de los nombres propios de algunos líderes obreros, que al escribir públicamente en castellano siempre lo hicieron como Juan Peiró, Eusebio C. Carbó o Joaquín Maurín, y no como ahora leemos: Joan Peiró, Eusebi C. Carbó y Joaquim Maurín. De la misma manera encontraría inadecuado castellanizarle el nombre a Pere Foix. Creo que en este punto la mejor regla consiste en respetar el uso histórico —vamos a encontrarnos, si no muy pronto, con Francesc Pi i Margall— para salvar una ambigüedad que aquí no se evita, ya que en este mismo libro comentado se cita, por ejemplo, a Ricardo Fornells.

Disgresión marginal que no impide, por supuesto, que consideremos **Anarcosindicalismo y revolución en España**, de Brademas, como la mejor introducción al conocimiento del tema en la Segunda República. La ocasión puede servir también para señalar la aparición de otra obra sobre el movimiento anarquista esperada desde hace tiempo: **La rosa de fuego**, de Joaquín Romero Maura, en que por primera vez se utilizan archivos de políticos como Maura o Romanones, para estudiar los conflictos sociales en Barcelona durante la primera década del siglo. ■ ANTONIO ELORZA.

Las tribulaciones de un corresponsal en Roma

Un magnate de la prensa norteamericana envía a su hija a estudiar Arquitectura en Ro-

ma, encargando de su cuidado a uno de sus corresponsales en esa ciudad. La muchacha, de conducta algo turbia pero de modales que no dejan lugar a dudas, fascina al empleado, que queda prendido en sus encantos como una criaturita, y le convence de pasar un mes juntos y solos en una villa de Sorrento alquilada por ella bajo nombre supuesto, y en la que le esperará cuando él inicie sus vacaciones, manteniendo los planes en secreto. La llegada de su sustituto pone al incauto corresponsal al corriente de los turbulentos antecedentes de la explosiva y taimada señorita, a la que al llegar a la villa encuentra despenada, con lo que su vida comienza a verse complicada de la manera más inesperada, absurda y peligrosa, manera que, como todo el mundo sabe, es la mejor para forjar el carácter. Tal es el arranque de **Fruto prohibido** (título algo moralista para el original y mucho más expresivo de Usted encantado, que yo le ajustaré las cuentas), un excelente relato de James Hadley Chase, maestro de la ficción policíaca ligera, con el que se ha iniciado la colección Selecciones del Séptimo Círculo, publicada en España por Alianza Editorial.

El relato, que se ajusta a las exigencias del género, muestra la particularidad de conceder escasa relevancia a las dotes del protagonista, un tipejo algo cómico que se pasa las dos terceras partes de la novela sin saber por dónde le viene el viento. Lo que le interesa en primer término al autor no es su personaje central, de gestos arquetípicos y decisiones casi siempre atolondradas, sino la dosificación perfecta de un complejo argumental en el que el lector está casi siempre a punto de hincar el diente, pero conducido de tal modo que el hallazgo y el escalonamiento de los datos resultan en todas las ocasiones sorprendentes, si bien dentro de las limitaciones que el género impone a la sorpresa.

Junto a ello, los personajes secundarios están muy bien trazados, con una gran economía de medios y unos resultados perfectamente funcionales.

En su último tercio el relato cobra un ritmo bastante movido y trepidante, casi de aventuras, cumpliéndose el círculo argumental de una manera perfecta, con el caso cerrado para la Policía satisfactoriamente, pero con una solución y culpable que no son, desde luego, los reales —un rasgo nada insólito en la tradición de los mejores relatos detectivescos—; lo que en realidad pasó y sus oscuros capítulos y razones quedan en manos de las dos únicas personas que no los harán público jamás; el uno, por motivos profesionales; la otra, por razones matrimoniales que, como las de estado, siempre defienden el lugar alcanzado en la cumbre. Resulta una narración muy apropiada para largos trayectos en transportes urbanos y sesiones de lectura en la madrugada. ■ CH.

Robert Walser o la negación más radical

Un instituto cuya finalidad no es la de educar a los alumnos para que triunfen en la vida, sino donde, extrañamente, se les enseña todo lo contrario: a no hacerse notar, a no hacerse ver, a no estar en cualquier momento a sus superiores. Un pensionado, a cuyos internos les está prácticamente vedado alimentar esperanza alguna en el porvenir y donde se les inculcan por encima de todo ciertas virtudes elementales, como la paciencia y la obediencia. Una escuela para muchachos cuyos profesores son seres fantasmagóricos que «permanecen tumbados como muertos que dormitasen», y en el que no se imparten asignaturas en el sentido tradicional, sino que tan sólo se obliga a los alumnos a aprender de memoria

unas cuantas reglas de urbanidad, a repetir frases estúpidas —como «La buena conducta es un jardín con flores»— y a ejecutar una y otra vez los mismos ejercicios atléticos o de baile.

A este centro singular llega un día el último retoño de una antigua familia de noble linaje, el joven Jakob von Gunten. Reacio en un principio a aceptar la validez del método de enseñanza allí empleado —según reconocerá el mismo, arrepentido—, el joven Jakob se irá poco a poco integrando en el sistema y terminará aceptándolo incondicionalmente, hasta el punto de ser el último alumno en abandonar el instituto, cuando ya no quede más remedio.

En el Diario que escribe durante su permanencia en el instituto, Jakob von Gunten nos ofrece el testimonio de su radical conversión, a la vez que una apasionada semblanza de algunos de los seres que habitan ese microcosmos: aquellos de sus discípulos que por alguna razón más le fascinan, y en especial Kraus, ese muchacho capaz de reprimir toda aspiración para dedicarse de cuerpo y alma a obedecer y servir como un autómatas a los demás; la señorita Luisa, hermana del director y única maestra del centro, que con su varita blanca parece un personaje de cuento de hadas, y cuya muerte —por no haber encontrado el amor— provoca el derrumbamiento definitivo de la escuela para muchos Benjametas; el propio director —el misterioso señor Benjamenta—, ese «rey destronado», según él mismo se define, que mostrará su debilidad por Jakob, el discípulo favorito, deponiendo ante él su orgullo y su poder, omnimodo dentro del recinto del Instituto, y por último —como una especie de contrapunto—, el hermano de Jakob, el cosmopolita Johann, a quien aquél encuentra en sus salidas semanales, y que es como una ventana por la que el presunto autor del diario asoma al